

Introducción

Nuestras Biblias ponen como primera de las cartas de San Pablo la *Carta a los Romanos*. No está en primer lugar por ser la primera que escribió, sino está en primer lugar por ser la carta más larga y más importante de las cartas paulinas.

Antes de viajar a Roma, Pablo se quiere presentar a la comunidad cristiana en Roma y para este fin presenta en esta carta un resumen amplio de su doctrina y enseñanza. Podemos decir que el centro de esta doctrina es la liberación y libertad del cristiano por la muerte y resurrección de Cristo. De una manera más resumida -y más polémica- presenta una doctrina muy semejante en la carta a los Gálatas.

Imposible presentar toda la riqueza de la carta a los Romanos, pero como siempre, recomendamos la lectura completa porque aquí solo vamos a estudiar algunos textos (como introducción puede servir también el libro “Introducción a San Pablo” pag. 96-97).

1ª Semana. El hombre y el mundo bajo el poder del pecado y liberado por la gracia

Notas de referencia

pág. 97-100 libro “Introducción a San Pablo”. Rom 1,20-32; 3,23-25

Después de la introducción, Pablo afirma que en el “*evangelio se revela la ira de Dios*” (Rom 1,18). Quizás nos choca escuchar hablar de la “*ira de Dios*”. Pero tenemos que tomar en cuenta que la “ira” o “cólera” en Dios no es una emoción como lo es en el ser humano. La “ira” de Dios es simplemente la *verdad y la bondad* de Dios que se opone al mal. Es la verdad de la justicia de Dios. *Dios es bueno*, entonces su ira es parte de su bondad que es contraria a toda maldad. En otras palabras, en el evangelio se revela la bondad de Dios.

Nosotros no somos buenos como lo es Dios, estamos bajo el poder del pecado. En el resto del primer capítulo de la carta a los Romanos, Pablo presenta esta verdad de una manera impresionante. El mundo está lleno de maldad, de impiedad e injusticia. Es más, el mundo está bajo el poder del pecado.

No hay excusa para nadie reconocer que estamos rodeados de maldad y a la vez reconocer que Dios está en medio del mundo atrayéndonos a El y distanciándonos del mundo. Mirando la

belleza de la creación todos podrían reconocer a Dios: *“...pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables”* (Rom 1,19-20).

El ser humano peca, Pablo presenta hacia el final del primer capítulo todo un listado extenso de pecados. Seguro que nos sorprende como Pablo describe el castigo de Dios. **NO** es que Dios mande desastres naturales, enfermedades o algo por el estilo como castigo. Pablo dice tres veces: *“Dios los entregó a sus deseos malos ... a su mente depravada”* (cf. Rom 1,24.26.28). El castigo de Dios es diferente de lo que a lo mejor esperábamos. Es que Dios dice: *Yo quiero tu bien*. Pero el hombre prefiere su propio mal. Entonces Dios permite la entrega al mal que el hombre elige, confiando que el hombre (nosotros mismos), a través del discernimiento y la mirada puesta en Dios, podamos encontrar el bien.

Veamos otra explicación: En cierto sentido, no es Dios que castiga al ser humano, *es el hombre que se castiga a sí mismo*. El pecado siempre es destrucción, y el ser humano con el pecado se hace daño a sí mismo, se destruye a sí mismo. Y en contra de la voluntad de Dios, el ser humano se está destruyendo. Es fácil ver como el ser humano con el pecado se está destruyendo a sí mismo. Es evidente que el odio, la envidia, los celos, la mentira, la violencia, lujuria, gula y orgullo destruyen al ser humano. Que castigo podría ser más terrible que *ser entregado* a todo esto. Si el paraíso y el cielo son la obra de Dios, el infierno lo construye el hombre para los otros y para sí mismo.

Pablo no concluye con una condena, sino que nos sorprende una vez más: *“Por tanto no tienes excusa, tú que juzgas, seas quien seas; pues al juzgar al otro, tú te condenas; ya que tú haces lo mismo que condenas”* (Rom 2,1).

¿Cómo nos podemos salvar si todos estamos bajo el poder del pecado? La respuesta de Pablo es sencilla: No somos nosotros que nos salvamos, es Cristo que nos salva con su amor manifiesto en la cruz y la resurrección: *“Todos han pecado y están privados de la presencia de Dios. Pero son perdonados sin merecerlo, generosamente, porque Cristo Jesús los ha rescatado.”* (Rom 3, 23-24). La salvación es un regalo de Dios, de su amor incondicional. A nosotros nos toca aceptar este regalo y hacerlo vida en nuestras vidas.

Pautas de Reflexión:

1. ¿Hemos sentido que la creación habla a todos sobre la “humanidad” de Dios?
2. ¿En qué situación hemos visto como el pecado destruye al ser humano?
3. ¿Cuál es nuestra reacción al perdón gratuito de Dios?
4. ¿Cómo en el medio de una situación de pecado podemos ver a Dios para cambiar hacia un estado de libertad? Somos salvados por la gracia (Como Pablo camino a Damasco, sin merecerlo) o por la fe (En el Padre, el hijo, el Espíritu Santo y en la Iglesia). Nos apoyamos en los textos de EE.EE 175-189 (2ª semana)

2ª Semana. Abrahán, modelo de fe y de esperanza

Notas de referencia.

pág. 100-102. Rom 4,13-18

Después de explicar que somos salvados por la gracia y por la fe, Pablo pone como ejemplo a Abrahán. Abrahán no se “justificó” por la circuncisión, sino por su fe en Dios. Abrahán es padre de muchos pueblos, no simplemente por una descendencia biológica, sino porque es padre en la fe.

La fe de Abrahán es realmente admirable. Pablo dice que Abrahán “*esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones*” (Rom 4,18). “*Esperar contra toda esperanza*” sigue siendo tarea de la fe. Pablo nos da dos ejemplos de lo imposible que Dios hace posible: “*Dios da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean*” (Rom 4,17). En el contexto de la carta a los Romanos podríamos enumerar tres añadiendo uno más:

- De nada no viene nada – pero Dios llama el mundo de la nada a la existencia
- Los muertos están muertos – pero Dios da vida a los muertos
- Lo hecho, hecho está – pero Dios perdona a los pecados

Tenemos que ver el *perdón de los pecados* en este contexto de lo imposible haciéndose posible por la gracia de Dios. Quizás a veces pensamos que es fácil simplemente confesarse y ya están perdonados los pecados. Pero cada pecado crea una realidad. Y por esto el perdón de los pecados es algo como una nueva creación, como la resurrección de los muertos. Por esto solo

Dios puede perdonar pecados, como solo Dios puede crear de la nada y como solo El puede resucitar a los muertos.

El modelo de fe de Abrahán, que confiaba en que Dios iba a cumplir su promesa, aunque no podía ni ver ni entender cómo, es un modelo para nosotros. Y Pablo añade, si Abrahán fue justo por la fe, esto también se dijo por nosotros quienes *“tenemos fe en el que resucitó de la muerte a Jesús, Señor nuestro, que se entregó por nuestros pecados y resucitó para hacernos justos”* (Rom 4,24-25).

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Conoces algún ejemplo de una fe y esperanza admirable como la de Abrahán?
2. ¿Por qué es tan difícil perdonar pecados?
3. ¿Cómo está tu fe en este momento? (Abrahán contaba con un Dios a quien tener fe. Nosotros, a través de la revelación divina, podemos desarrollar nuestra fe en el Padre creador, en el hijo que nos comunica la salvación, en su Espíritu Santo que nos fortalece y en su Iglesia que nos reúne y acoge en comunidad)

3ª Semana. Enredados por el pecado y liberados del pecado

Notas de referencia.

pág. 102-104. Rom 5,15-21

El capítulo 5 de la carta de los Romanos es un texto clave para entender lo que solemos llamar “pecado original”. Todos estamos enredados en un mundo en el cual el pecado es una realidad que obra y engendra nuevos pecados.

El pecado personal no es el único pecado que existe. Es cierto, el pecado personal está presente en el mundo y causa la muerte. Pero está también el pecado social, el pecado estructural. Estamos enredados en el pecado, y queramos o no, formamos parte de un *sistema del pecado*. Lo podemos explicar con diferentes ejemplos señalados por San Pablo.

A menudo hacemos algo y no sabemos cómo contribuye al mal, nos resulta prácticamente imposible no colaborar de una u otra forma con la injusticia. Podemos mencionar algunos ejemplos sencillos de nuestra vida cotidiana: Compro una camisa bonita y muy barata, me alegro porque conseguí la mejor relación entre precio y producto. Pero no me di cuenta que la

camisa es tan barata porque fueron unos niños en condiciones inhumanas que la cosieron en algún rincón del mundo. Otro ejemplo: Quiero resolver un problema y me veo obligado a entrar en un sistema de corrupción, si no utilizo la influencia, el soborno y la presión no resuelvo nada. Otro: Reenvío un mensaje y no me doy cuenta que estoy difundiendo una calumnia y hundiendo a una persona en la depresión.

Cada mal engendra otro mal. ¿Quién va a negar la presencia del pecado social, de sistemas de injusticia y explotación y desorden? Y estamos enredados en este sistema y contribuimos a la injusticia sin querer. El pecado tiene su asiento en el mundo y también dentro de mí. Descubro el desorden fuera y dentro, y no debo subestimar el poder de este desorden en la sociedad y en mi interior.

Pablo no se queda ahí. Si esto pasa con el pecado y la muerte, cuanto más sucede con la gracia. En Cristo, la gracia y el don de Dios llegan aún más abundantemente a todos. Si el mal se difunde, el bien se difunde aún más. *“En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte, con mayor razón, por medio de uno, Jesucristo, reinarán y vivirán los que reciben abundantemente la gracia y el don de la justicia”* (Rom 5,17).

Parece que Pablo mismo se llena de admiración al ver cómo la gracia de Cristo obra en medio de un mundo de pecado y como vence la maldad. Ha sido la experiencia en su propia vida. Mirando la abundancia de la maldad y la victoria de la gracia Pablo exclama: *“... donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (Rom 5,20).

Esta es una de las afirmaciones más sorprendentes de Pablo, que hasta del mal y del pecado sale un bien (y un bien mayor), gracias al obrar de Dios. Un ejemplo del Antiguo Testamento es como los hijos de Jacob vendieron a su hermano José y precisamente por este hecho horrible, ellos posteriormente se salvaron (cf. Génesis 3).

El mayor ejemplo del mal produciendo un bien mayor se encuentra en el gran pecado de matar a Jesús que finalmente se convierte en la salvación del mundo. Por esto la liturgia en la vigilia pascual habla de la *“culpa feliz que mereció tal redentor”*.

Preguntas de Reflexión:

GUÍA DE CATEQUESIS

San Pablo, un misionero incansable

Octubre, 2022

1. ¿Hemos experimentado alguna vez que hemos hecho el mal sin querer? Identifica algún ejemplo en tu vida cotidiana y comenta como puedes “desenredarte” de esa situación de pecado y apostar a la libertad
2. ¿Conocemos algún ejemplo como del mal ha salido el bien? (Apoyados en Rom 5, 20)